

## SOCIEDAD ACEFALA Y PROFESIONES LIBERALES

La lógica consecuencia de la eliminación actual de autoridad y autoridades portadoras de principios de derecho natural en la sociedad actual de los países con prevalencia urbana e industrial, en las cuales sus ideas rectoras, siempre erráticas, surgen sea de grupos de presión sea de predominios mayoritarios acéfalos, tanto en el campo político, como en el social y económico (y también en ciertos sectores para principios de moral y aún de principios religiosos), esa lógica eliminación, decimos, ha conducido a la revisión y examen de las zonas estructurales portadoras de la cultura representativa de las comunidades humanas como último refugio a la conservación de la sociedad.

En 1956 Voralde Deneke, en su obra *Las profesiones liberales*, decía que «Si el fin del actual desarrollo de la sociedad es el de conseguir una comunidad de hombres libres y en armonía social, entonces las profesiones liberales (y no en última instancia por la fuerza de los ideales de su tradición) tienen la misión de contraponerse a las tendencias igualitarias, colectivistas y comercializadoras de la sociedad industrial moderna»<sup>1</sup>.

La preocupación humano-sociológica es patente, pero su tratamiento de investigación informativa, predominante, aunque encierre un alto sentido ético, es insuficiente.

De las tres maneras de considerar el problema de la gradación de profesiones que el Prof. Utz establece en su *Ética social*: el abstracto antropológico, el presidido por valores social-éticos y el que llama informativo (*soziologischen Umfragen*), en la literatura sociológica existe ya una desmesu-

---

<sup>1</sup> DENEKE, J. K. VORALD, *Die Freien Berufe*, Stuttgart (Vorwerk), 1956, 384 pp.; cfr. p. 111.

rada proporción en el último campo, con ciertamente muy valiosas investigaciones concretas de estructuras y funcionamiento, pero sin referencia (y aun desprecio) a instituciones basadas en principios de derecho natural y operando sólo con instituciones de puro arbitrio humano. Lo más peligroso son las extrapolaciones (o el sentido de futuro) hacia una simple evolución conductivista del presente.

Cierto que en un mundo cuyo gran tópicó es el del desarrollo indefinido, con único dogma de progreso sin mención de perfección, se requieren extrapolaciones. Más los economistas sabemos cuán peligrosas son, especialmente si hemos llegado a reconocer la inseparabilidad, moral y material, del actuar y de las instituciones económicas, del complejo todo social.

Las consecuencias muy graves del hoy tópicó universal de que la felicidad de hombres y pueblos sólo se consigue mediante el desarrollo económico (que todos ciertamente deseamos), y que propugna el sometimiento inmediato y universal a los objetivos económicos, exigen de los sociólogos, incluso de aquellos que como Deneke muestran sus hondas y sanas preocupaciones, una revisión profunda de una posición científica de «neutralidad-objetiva», cuya infecundidad para la perfección y verdadero progreso humano y social es cada día más de lamentar<sup>2</sup>.

En la línea de Deneke y pionero también de esa transformación en un período aun con las anteriores influencias, se halla la valiosa obra de Stieglitz: *La Misión Social de las Profesiones liberales*, que por las anteriores razones vamos a comentar<sup>3</sup>.

Al final de su obra el autor cita esta conclusión de Moulin y de Aerts, en su *Bibliografía crítica de las definiciones de «clase media»*: «Se nos presentan más de doscientas definiciones de clases medias y su número sigue acreciéndose; esto significa que ninguna es enteramente satisfactoria y admitida por todos.» No obstante, el autor en su último párrafo propugna ahincar en el conocimiento del cometido y situación de las profesiones liberales, en la sociedad, como una de las tareas más acuciantes de la investigación sociológica de la clase media. ¿Por qué?

Porque el autor, sin declararlo, se da cuenta de que la masificación de la sociedad moderna, democrática e industrializada es ya, hoy en día, una agru-

<sup>2</sup> Un ejemplo de investigación de conocimiento neutro de la realidad, basada en rigurosos métodos estadísticos, mostrando la estructura y jerarquía de profesiones mediante encuestas de opinión personal (o conductivismo), obteniendo medias socio-psicológicas, es la valiosa obra de C. M. BOLTE: *Sozialer Aufstieg und Abstieg*. Investigación sobre el prestigio y movilidad social. Stuttgart (Ebke), 1959, pp. IX-253 (limitada al Schleswig-Holstein).

<sup>3</sup> STIEGLITZ, HEINRICH, *Der Soziale Auftrag der Freien Berufe. Beiträge zur Soziologie und Sozialphilosophie*. Bd. 7 (Hergg. René König). Contribución a la sociología cultural de la sociedad industrial. Münchengladbach (Kippenheuer u. Witsch), 1960, 340 pp.

pación humana cada vez más acéfala, sin *élites* portadoras de principios culturales y morales, sin aristócratas con función ejemplificadora y sin esas clases altas y medias burguesas que llevaron su orientación y su destino, desde las luces, por todo el siglo pasado y la mitad del actual. Está convencido el autor, en consecuencia, que la división de funciones es ya tan numerosa y especializada que no pueden existir, en la estructura social, «personalidades» de posible rectoría; pero al propio tiempo reconoce que es esencial a toda sociedad el ser orientada representativamente en su cultura, si no quiere periclitarse humanamente.

Esta situación actual nos recuerda la «profecía» de Cournot a mitad del siglo pasado, cuando con su mecanismo filosófico anunciaba que en la futura sociedad no tendrían cabida, ni héroes, ni santos, ni grandes individualidades, porque en ella «las funciones sustituirán a los poderes y la administración al gobierno». Si, pues, en la sociedad actual, democrática e industrializada desaparecen o ya no tienen vigencia las personales «cabezas rectoras» y si, no obstante, se reconoce la necesidad de rectoría cultural, las modernas agrupaciones humanas habrán de tener unos órganos, unos grupos sociales que ejerzan tal esencial misión en el cada vez más diferenciado *organismo* social sin espíritu de *comunidad* humana.

Ante esta problemática, el autor reconoce que, ciertamente, existe la «Inteligencia» y a su sociología dedica casi la mitad de la obra. Fundamental es su distinción de que «los intelectuales» constituyen un superior concepto que abraza tanto a la «inteligencia» propiamente dicha (la creadora) cuanto a las profesiones liberales. Los portadores de la inteligencia (los intelectuales, *Intelligenzler*) no son, empero, una clase social, no constituyen un cerrado «grupo» social (Aron), provienen de todos los rincones del mundo (Schumpeter), son un montoncito de personas singulares o aisladas (Geiger). Por lo tanto, a una tan extraordinaria mixtura de «Inteligencia» le falta el módulo de conexión para formar una conciencia social unitaria como grupo delimitado. Hoy, además, la demanda de intelectualistas por la sociedad ha disminuido; ya no tienen el prestigio de otrora y están espiritualmente aislados.

Para la comprensión de la moderna gran diferenciación funcional de la cultura, el autor analiza sucesivamente los siguientes ámbitos de ese superior concepto del *círculo de los intelectuales*: «Inteligencia»-Genios-Vagabundos y Bohemia-*Élites*-Académicos (titulados universitarios)-Expertos-Eruditos-Clero y Profesiones liberales. Como resultado de su análisis los reduce a un modelo tripartito: Inteligencia-Expertos y Profesionales liberales.

La «*Inteligencia*», como tal, es la capa espiritualmente conductora de la sociedad, según Dobretscher. Su concepto lo fundamenta en la potencia creadora de la cultura, en tres campos de acción: espiritualizadora, racionalizadora y de crítica social. En los tres ámbitos (sea cual profesión, sea como acción ocasional), la «Inteligencia» es creadora de cultura, sea generándola, reproduciéndola, insertándola (los «*regisseurs*», los dirigentes), intermediándola y, o de forma práctica, orientándola. Estas son las diversas funciones

de relación con la total sociedad de una pequeña y como oculta parte de la población consagrada a la creación de las existencias representativas o fondo cultural de una sociedad. Son los mejores artistas, poetas, escritores y compositores, los investigadores y los hombres de ciencia.

Entre los ámbitos que abstrae, la «*élite*» queda separada por cuanto más pertenece a la sociología de las relaciones de dominio, cual minoría selecta con especiales cualidades sociales, políticas, mentales y morales, que la hicieron la capa directora de mando privilegiado de la sociedad.

Aportación fundamental de su tesis es la delimitación de los *Expertos*, cuya función es la de *aplicación* de la teoría a la práctica con clara distinción frente a la función creadora de la cultura. El experto se concibe tanto en el ámbito de la espiritualización y de la racionalización cuanto en el de las tareas político-sociales; aparece realmente como intérprete de las producciones artísticas, como técnico organizador y asesor de empresas o bien como persona a quien se le confían tareas directamente constructivas para el Estado o la sociedad.

Entre Inteligencia y Expertos aparece necesaria, en el modelo sociológico del autor, una función intermediaria: son las *profesiones liberales*.

Esta tripartita estructura cualitativa corresponde a las Profesiones culturales; éstas, siguiendo a Dunkmann, son, cuantitativamente, una de las tres partes de la división de funciones, por Profesiones, del complejo social: Profesiones económicas (fin de lucro o ganancia), políticas (el dominio legal con administración burocrática, de Weber) y culturales, fundamentadas en un específico espíritu y actitud vocacional.

De ahí los tres grupos de portadores de las profesiones culturales, en sus funciones: creadora de cultura (Inteligencia, *stricto sensu*); aplicadora (Expertos); e intermediaria (profesiones liberales); la cual, porque en su ser y función participa de los dos grupos, su actividad es de síntesis. El aporte intermediario creación-aplicación, según Deneke, es el elemento de su profesionalidad. Su función mediadora se realiza de hombre a hombre, entre hombres y grupos, entre los hombres y las cosas, así como entre hombres y potencias de este y del otro mundo. Son los abogados, los asesores financieros, los médicos y sanitarios, arquitectos e ingenieros, los economistas, los publicistas y los artistas. No tienen, pues, una función original, sino una derivada función de síntesis profesional; sin embargo, realizan una producción de bienes ideales y un servicio en el campo del espíritu.

La profesión liberal, en su relación social se caracteriza por el requisito de una específica ética profesional y en varios ámbitos por disposiciones legales que garantizan su profesionalidad. En general son personas económicamente independientes al servicio de las relaciones humanas privadas, pero siempre incluyendo una relación al todo social (p. e. la salud del cliente está en relación y finalidad con la sanidad de la colectividad).

De otra parte, frente a la exclusividad en las relaciones sociales de la Inteligencia y frente a la relación pragmática de los Expertos, las profesiones liberales tienen la relación social que Parsons llama «universalizadora», con-

secuencia de su función intermedia y de síntesis. Son los primeros que recogen y aportan a la sociedad las creaciones de la Inteligencia.

La profesión liberal puede o no estar sujeta a un sueldo (privado o público), pero es característica esencial que su fin no es el provecho, sino su función vocacional, y por ello en su ejercicio es siempre personalmente libre, asumiendo su propia responsabilidad.

Esta obra densa y rica en análisis estructurales y funcionales de la sociedad se centra en la democrática e industrializada, en la cual los principios son sólo operativos y cambian según los grupos y las pragmáticas circunstancias. Este estudio podría tomarse por modelo al cual tenderían la multitud de otras sociedades y pueblos del mundo. Pero también podría ser una enseñanza y mostrarles las graves consecuencias de la eliminación de cabezas rectoras hacia unos grupos, las profesiones liberales, que indudablemente no pueden sustituirlas más que si la rectoría se supone en función actualista y mecanizada (la «profecía» de Cournot). Porque no aparece en la obra signo alguno de que las características éticas y vocacionales de las profesiones liberales tengan realmente un soporte de principios suficientemente claro para que el ambiente general de desarrollo económico, indefinido y generalizado no las convierta y las atraiga al grupo de Expertos, teniendo a su profesión simplemente como medio de ganar lo más posible, es decir, con fin primordial de lucro; fenómeno hoy ciertamente ya muy generalizado en médicos, abogados, etc.

El estudio es objetivo en el sentido de ausencia de valoración de Max Weber. Esta cualidad científica supone, empero, la abstracción, el dejar de lado, de una parte, la existencia real de principios e ideologías en toda sociedad y, de otra, la existencia de principios concordantes con la sana naturaleza humana, sin los cuales periclita la paz interior y exterior de los pueblos; problemas indudablemente finales de toda sociología.

El autor parece aceptar pasivamente todo devenir de la sociedad, limitándose a su delimitada y neutral penetración actual estructural.

Los pueblos que no han tenido las posibilidades de desarrollo no pueden por menos de sentirse desasosegados cuando observan que la ciencia sociológica, por carecer o por dejar de lado los principios fundamentales de la naturaleza humana y de sus relaciones sociales, se preocupan solamente de constataciones o de incitaciones de progreso, pero no de revisión o de perfeccionamiento de la sociedad actual, así dejada sin rumbo ni timón o bien solamente conducida por el más fuerte o audaz. En estas condiciones no hay duda que la neutra inteligencia somete todos los grupos sociales a sus requisitos de progreso, pero su desenlace social no conduce a la tranquilidad en el orden, humano, nacional e internacional, sino a la pérdida de la paz.

Quizás estas dificultades de captación de toda la realidad social estriban en la falta de distinción entre civilización, cuyo objeto es el *progreso* y cultura cuyo fin esencial es el de *perfección humana*, informante del actuar en las estructuras de civilización: económica, defensiva, jurídica, político-social

y religiosa <sup>4</sup>. El autor sólo distingue tres sociedades: la económica, la política y la cultural. Con ello no sólo se descuidan las estructuras defensiva y religiosa, sino que la conexión total está en aporía.

La secularización de la sociedad, gran sombra iniciada en el siglo de las luces, hacia la oscuridad espiritual del radical positivismo, nos impide hoy ver la sociedad total por «pudor» científico-sociológico, en contraste con el impudor soviético infiltrado por doquier.

Cierto que el autor, en esta valiosa investigación conceptual, desea superar a los Durkheim, Pareto, Weber, Parsons, Merton, pero la tarea es dura en distinguir la valía de sus aportaciones lógicas, del método y espíritu, a revisar, que informa sus conceptos de estructura y función.

ROMÁN PERPIÑA

---

<sup>4</sup> Cfr. Cap. *De la Constitución de los Pueblos*, pp. 33-74 de nuestra obra *De Estructura Económica y Económica Hispana*, Rialp, Madrid, 1952, 478 pp., y el artículo *Adecuación de la Educación a la Realidad Social*, en *Arbor*, n.º 181, enero 1961, pp. 5-22.